

Presumidos y Desesperados

Pastor: Oscar Arocha

Octubre 25, 2015

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

“Y decían* a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros y escondednos de la presencia del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero” - (Apocalipsis 6:16)

En este versículo se pueden ver dos sentimientos religiosos diversos; por un lado, un terrible error, y por el otro, un terror o miedo desesperante. El error: “Decían* a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros y escondednos.” Oraron a las rocas, las cuales nada pueden hacer por uno. Su incredulidad le condujo a un a extrema y asfixiante insensatez. Irracionalidad total. Sólo la fe en Cristo enseñaría a pensar correctamente, tanto en tiempo de paz como de peligro. El otro lado es el terror: “Escondednos de la presencia del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero.” Evidente que el error religioso conduce a un miedo infundado o irracional. Aun a la hora de la muerte suele salir lo que hay en el corazón; confiaron en la cosas creadas y al final buscaron refugiarse en donde la habían puesto mientras estuvieron y progresaron en esta vida. La sentencia divina es veraz: “De la abundancia del corazón, habla la boca.”

Aquel error fue de común dominio en todo ser humano: “Los reyes de la tierra, y los grandes, los comandantes, los ricos, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes” (v15). Todos los estratos sociales que están en incredulidad piensan y actúan de la misma manera. La verdadera sabiduría es confiar en Cristo y Su palabra. Es cierto que don dinero tiene poder para comprar muchas y necesarias cosas, pero no para librar de la muerte; mire quienes fueron tontos: “Reyes... grandes... comandantes... ricos... Y poderosos.”

El sermón será así: **Uno**, El Error mortal del incrédulo. **Dos**, El terrible miedo o terror de los impíos.

I. EL IRREPARABLE ERROR DE LOS INCRÉDULOS

Leemos: “Decían* a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros y escondednos” (v16). Se ven dos asuntos: Una declaración: “Decían.” Una invocación: “A los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos.”

Una declaración

“Decían,” esto es, que su hablar no fue uno, sino continuo, como ha de ser la expresión de un corazón en desespero. Aquel a quién despreciaron o no le vieron utilidad o beneficio alguno para servirle, ahora lo ven y le temen, aunque ya muy tarde. Antes sus

bocas se abrieron para buscarle defectos para despreciarlo, o en algunos para blasfemar. Ahora lo ven y se consumen de espanto. De cierto que en aquel día no habrán incrédulos, y sus labios se abrirán para reconocer el invencible e inevitable poder de Cristo, poder que antes menospreciaron. Aquí se deja ver otra vez que las adversidades tienen el poder de sacar a luz lo que hay en el corazón. Mire este verso: “**El impío... Todo su pensamiento es: No hay Dios**” (Salmos 10:4); cuando vino su problema invocó el poder de la naturaleza o las cosas creadas, no a Dios: “**Decían* a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros y escondednos.**” En el Día del Juicio, la primera voz que oirán los impíos será de terror y terrible miedo; la misma Voz que estando en la tierra ellos despreciaron. No será la Voz del Creador, ni del Salvador, sino la Voz del Juez.

Antes no temieron a Dios, pero ahora están llenos de total temor y terrible miedo. Desesperados. Antes oyeron mucho de las misericordias del Señor, pero ahora eso no puede entrar en sus mentes, sino sólo la idea de juicio y condenación. Todo su ser está inundado de este pensar, sin escapatoria. En la tierra les fue ofrecida la salvación, pero presumieron no necesitarla, y ahora en el Juicio Final están desesperados. Es justo de parte de Dios pagar con terrible desespero a los presumidos quienes despreciaron el Evangelio de salvación. El desespero es el pago de la presunción. Conciencias que hoy están sin remordimiento, en aquel día serán llenas de terror.

Una Invocación

“**Decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos**” (v16). Su error amplificado, ya que los montes y las peñas son irracionales, no pueden oírlos. Mentalmente confundidos y desesperados. Aquí se evidencia que no habían tenido comunión con Dios, por eso no sabían como dirigir sus oraciones. Oraron mucho, pero inútil. Si su confianza habría estado en Dios, no habrían acudido a los montes. Por contraste he aquí la reacción de un verdadero Creyente: “**En el SEÑOR me refugio; ¿cómo decís a mi alma: Huye cual ave al monte?**” (Salmos 11:1), esto es, mi refugio y salvación no son las cosas creadas, sino el Compasivo Creador. El salmista reaccionaba así por haber creído la proposición divina: “**Invócame en el día de la angustia; yo te libraré, y tú me honrarás**” (Salmos 50:15). Y Pablo lo puntualiza en otro lugar: “**¿Cómo, pues, invocarán a aquel en quien no han creído?**” (Romanos 10:14); la fe en Cristo instala en el alma el chip de invocar a Dios siempre.

En otras palabras, que todos quienes no han tenido comunión con Dios, no sabrán como pedir la ayuda divina, sino que su confianza estaría en las cosas creadas, no en el Creador. Confiarían más en la ciencia, en el poderío, el dinero, en la tecnología, pero no en Cristo. Mientras estuvieron en la tierra no tenían Salvador, tampoco lo tendrán en el otro mundo. Cuando una persona siente miedo ante el peligro, su mente y su sangre corren con fuerza, la adrenalina se acelera, y procura proteger y cuidar su cuerpo, o las partes más valiosas de su existencia. La fe y la esperanza en Cristo hacen lo mismo en el alma. Así como tenemos un instinto de conservación del cuerpo, hay uno espiritual con

el alma. Esto a su vez, nos diría en quien confía el corazón cuando estemos en situación de peligro.

Cuando el niño pequeño es asaltado en las noches con miedo, su reacción natural es gritar a su mamita por ayuda. Así también el verdadero Creyente. Si no hubiesen adversidades, sería hartamente difícil aprender que Cristo es nuestro Salvador, pero nos deja caer en adversidad para luego enseñar al corazón Creyente que tenemos un Potente y Tierno Salvador. Un caso: “Enseguida hizo que los discípulos subieran a la barca y fueran delante de El a la otra orilla, mientras El despedía a la multitud... Pero viendo Pedro la fuerza del viento tuvo miedo, y empezando a hundirse gritó, diciendo: ¡Señor, sálvame!” (Mateo 14:30). Pedro sabía que el Salvador Jesús es un don de Dios para él, y con naturalidad le invocó. Y lo hizo porque ya antes había tenido comunión con el Señor Jesús. Eran amigos y en el momento de problemas o aprieto lo llamó.

En el caso de los incrédulos es diferente. Ellos confían en el poder de las criaturas, y en sus problemas a las criaturas acuden: “Decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos” (v16). En otros casos si les cae alguna calamidad, maldicen o dicen malas palabras con fuerte enojo. Sus primeras palabras es maldecir. Lo cual sería el mismo corazón que estos impíos del texto, se apoyan en el poder o maneras de las cosas creadas; no piensan en Dios ni le invocan. Un puritano dijo: “Si un hombre ha tenido comunión con Dios en el buen tiempo, de seguro acudirá a Dios en el tiempo de la tormenta. Pero quien no tenga familiaridad con el Señor en el tiempo de paz, no buscará que el Salvador lo libre en el tiempo de peligro.”

Una mezcla venenosa. Ellos evidencian miedo e irracionalidad, porque los montes y la rocas no pueden oír ni responder. Pienso que esta profecía indica la destrucción de la tierra con fuego al Regreso glorioso del Señor Jesucristo, cuando venga a buscar Su Pueblo. Buscarán esconderse en las cuevas, o en edificios fortificados o bunkers. Enfocamos de nuevo: “Decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos” (v16); de donde se infiere, que si la culpa del pecado no ha sido cubierta y el miedo le acompaña, la imaginación se vuelve irracional. Dicen y hacen cosas sin sentido. Un caso: “Adán y Eva oyeron al SEÑOR Dios que se paseaba en el huerto al fresco del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia del SEÑOR Dios entre los árboles del huerto” (Génesis 3:8). Tontamente se escondieron del Creador en las cosas creadas. La culpa moral entontece al pecador. La racionalidad y lógica se ausentan de sus mentes. Otra evidencia es por las personas en miedo: “Reyes... grandes... comandantes... ricos... Y poderosos.” Habían sido gente de dominio y poder, pero ahora ruegan por un hoyo en la roca, algo que haría un flaco servicio. Si les hubiesen dado un monte o una cueva en las rocas estarían felices. El cuadro es trágico, porque no piensan en Dios ni aun en extrema necesidad, o al borde de perecer para siempre. El amor a las cosas creadas es un vicio muy difícil de sacar del corazón del hombre. Este vicio roba aun el buen pensar. Ellos fueron dueños de grandes propiedades tuvieron casas en la ciudad y en la playa; quizás grandes empresarios con mansiones

lujosas, pero ahora el amor al dinero los traiciona, y confiesan que nada es de ellos, ni siquiera un hoyo en la roca. Invirtieron grandes sumas en asegurar su futuro, de disfrutar una vejez o retiro para ellos y sus hijos con toda clase de comodidad; sin embargo ahora no tienen nada que los proteja. Un final en total desgracia.

II. EL TERRIBLE MIEDO Y TERROR DE LOS IMPÍOS

Leemos: “Escondednos de la presencia del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero “ (v16). Ellos vieron y sintieron “la Presencia del Cordero, sentado y airado.” Notemos que tan pronto como el sentido de culpa de pecado asoma en la mente, el individuo siente vergüenza, y un fuerte deseo de huir de la presencia del Señor. El efecto inevitable del pecado es vergüenza. Entre el grupo de estos impíos habían algunos con grandes fortunas. Hagamos un contraste con los que aman el dinero: “La fortuna del rico es su ciudad fortificada, y como muralla alta en su imaginación... El rico responde con dureza” (Proverbios 18:11,23). En su imaginación estaba bien protegido, y por eso hablaba con aspereza, pero ahora es ruego con miedo y terror. Así será cuando el impío sea llamado a dar cuenta de su vida en la Presencia de Cristo, como está escrito: “A estos mis enemigos, que no querían que reinara sobre ellos, traedlos acá y matadlos delante de mí” (Lucas 19:27). No hay nada, absolutamente nada que pueda esconder un hombre de la Presencia de Dios. No hay lugar que los esconda con eficacia, ni en los cielos ni en la tierra.

Leemos: “Está sentado en el trono.” Mientras estuvo en la tierra no tenía ni siquiera donde recostar Su Cabeza, pero en Aquel Día aparecerá en Su Majestad y gloria; como le fue dado por el Padre, Juez de los Cielos y la tierra. Los que son de la fe de Jesús lo pueden ver lo que El es: “Rey de reyes, Señor de señores”. Muchos otros trataron de coronarlo, pero rehusó porque Su reino no es de este mundo. Ahora los gobernantes le ven como un obstáculo a sus planes de libertinaje, pero en Aquel Día será el terror y el miedo del mundo. Enfoquemos el cuadro para ver más de cerca: “la presencia del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero,” esto es, la ira de Cristo en Su justicia. Tal como un hombre ofendido busca venganza, así también será Cristo. El creó los hombres para Su gloria, para que le sirvieran, ellos se rebelaron, luego vino a salvarlos, y lo despreciaron; entonces en Aquel Día será el de Su venganza. Cuando Dios ejecuta castigo, es llamado Su ira. En nosotros la ira es pasión, pero en Dios es perfección. Siendo mi nieta Gabriela una niña me vio hablar enojado, en voz alta, y se echó a llorar. Ahora imagine a usted delante de Dios airado, con el agravante de que el impío no podrá escapar.

Dice allí: “El Cordero.” Entregó Su vida para darla a todos los que en el confíen. El dio Su sangre para redimir al hombre, pero quienes le despreciaron, y los que hoy también le desprecian, de seguro le verán, pero no como el Salvador, sino como Cordero enfurecido. El Cordero que salvó a las ovejas de Su mano derecha, castigará las cabras de Su mano izquierda.

Hoy vimos: El cuadro de personas presumidas y desesperadas. Se expuso así: El Error mortal del incrédulo. Y su terrible miedo y terror ante la Presencia de Cristo. Se ven dos asuntos: Una declaración: "Decían." Una invocación: "A los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos." Luego, de si el sentido de culpa de pecado asoma en la mente, el individuo siente vergüenza, y un fuerte deseo de huir de la presencia del Señor.

APLICACIÓN

1. **Hermano: Si algún peligro te amenaza, y pone terror en tu mente, aprovecha la ocasión para examinar tu corazón.** Oye este verso: "El día en que temo, yo en ti confío" (Salmos 56:3). El temor suele producir dos posibles sentimientos, uno malo que te lleve a buscar ayuda en las criaturas, u otro bueno tal el salmista aquí, que te lleve a confiar en Dios, aun pase lo que pase. El peligro lo inclinó a la fe en el Salvador. Por el contrario, cuando un hombre confía en las criaturas, ante el peligro pedirá ayuda de las criaturas no de Dios. **El que murió por ti en la Cruz, ten por seguro que nunca te dejará ni te abandonará, porque este Cordero es también tu Abogado, y siempre intercede a tu favor.** Si te llega adversidad, lamenta por tus pecados, y corre al trono de Gracia por mejores consuelos.

2. **Hermano: para todo Creyente hay un Cordero inmolado, no airado.** El inmolado compró para ti un Reino, y ha prometido volver para entregártelo en Persona. Tú eres de los que El redimió. Ahora está sentado a la Diestra del Padre donde intercede por ti, y además es tu Abogado para defenderte y protegerte hasta que tú llegues a las costas de Salvación.

3. **Amigo: Ahora mismo el Cordero es misericordioso, aunque en Aquel Día será furioso.** Del pasaje se infiere, que el pecado sin perdonar es más pesado y hace mucho más daño que una montaña de roca sobre tu cabeza. No obstante, Cristo ha mandado Su Iglesia a buscar a los perdidos, porque se deleita en salvarlos, y una evidencia más que suficiente es que sufrió y murió por ellos. Te suplico, que no quieras finalizar tu vida con terrores, sino con amores. Sea hoy tu tiempo de endulzar tus pensamientos de Cristo con fe.

AMÉN